

Friedrich Nietzsche: demoler la conciencia, demoler el mundo

Alan Matías Florito Mutton

(UBA-UNLZ)

Reseña

El libro *Contra la verdad* contiene la compilación de tres ensayos de los llamados tempranos del pensamiento nietzscheano. El mismo está compuesto de escritos que ponen de manifiesto la radicalidad crítica de Friedrich Nietzsche: es el concepto de verdad el que debe resistir los golpes del martillo filosófico. Y si no los resiste, ¿qué es lo que queda de mundo? Porque la relación de la verdad con la ciencia, la política, la ética es total (y aparentemente necesaria). ¿Qué ocurre en las conciencias humanas si la verdad es asesinada por la demolición de una filosofía que avanza contra absolutamente todo?

Contra la verdad presenta una edición bilingüe, con una delicada traducción y notas técnicas de Matías Pizzi y una introducción a los escritos de Virginia Cano. La selección no es casual, sino que ha sido pensada para que el lector sepa ubicarse en el entramado más esencial del pensamiento nietzscheano, es decir, son estos escritos los que creemos que más daño le hacen a la autoafirmación que el pensamiento de la modernidad cree lograr respecto a la importancia central de la razón. Son golpes de martillo que están especialmente dirigidos contra la cabeza, contra las conciencias, contra el lenguaje. Cuando pensamos el mundo, lo hacemos a partir de conceptos, pero si esos conceptos no resisten los ataques nietzscheanos, ¿cómo debemos comenzar a pensar el mundo? ¿Es acaso esta radicalidad de demolición nietzscheana un proyecto político? ¿Podemos pensar radicalmente distinto si los conceptos han sido demolidos?

En el comienzo a la Introducción Virginia Cano es clara:

“Esta sospecha corrosiva que interroga por el valor -y la voluntad- de verdad recorre, en mayor o menor medida, todos los escritos nietzscheanos, y se constituye así, poco a poco, en una preocupación fundamental de la filosofía del autor de *Así hablo Zaratustra*.”¹

¹ Friedrich Nietzsche, *Contra la verdad*, trad. Matías Pizzi (Buenos Aires: Rara Avis, 2018), 10.

La referencia a la voluntad es la que se vuelca a la voluntad de verdad. Esta voluntad de verdad es propia de la historia de la filosofía occidental: todo tiene que poder aprehenderse mediante conceptos, mediante pensamiento. Por el contrario, y frente a este repetido proyecto occidental de “no dejar ningún vacío en el mundo”, Nietzsche propone destruir lo edificado y volcarse más bien a repensar, junto a sus lectores, el origen de las palabras mismas. Si en el ejercicio mental de pensar y repensar lo constituido pretéritamente nos encontramos frente a mares de incertidumbre, es necesario reinventar los conceptos desde uno o, al menos, valorizar el arte como instrumento de creación. Es en este ejercicio que encuentra el autor alemán el primer paso de su proyecto político: mucho antes de pensar la figura emblemática del *Übermensch*, los sujetos deben ser capaces de avanzar contra todo aquello que consideran lo más propio, esto es, su pensar.

Los valores que guían nuestras acciones, ¿han sido alguna vez puestos en duda? ¿Han sido pensados profundamente hasta lograr concebir cuál es el inicio de cada uno de ellos? Si todo valor se nos presenta conceptualmente, y si la multiplicidad de conceptos nos permite estructurar el mundo, pensar los conceptos es pensar nuestras estructuras sobre el mundo. De esta manera, pensar aquellas estructuras nos permite ver cómo estamos estructurados; más aún, son las estructuras mentales las que permiten leer nuestro mundo. Toda conciencia es distinta a otra conciencia y es por este motivo que los conceptos universales permiten que la mayoría de las conciencias funcionen de la misma manera. Esta es la llaga sobre la que repara Nietzsche: es absurdo seguir generando una humanidad repetida al infinito. Es así como, frente a una infinidad de combinaciones fácticas, los sujetos combinan los elementos del mundo de la misma manera. ¡Conceptos! ¿Qué sería del mundo sin ellos? Quizás lo que ha señalado Kant: un mero caos de sensaciones. Pero debemos centrarnos en la imperiosa exigencia humana de comenzar a combinar los elementos del mundo de disímiles maneras.

Dada la articulación del mundo a partir de cierta gama de valores conceptualizadores, Nietzsche se propone comenzar a revisarlos uno por uno y ver cuáles son los que más fuerte presencia tienen en la vida. Los valores que más resistencia le presentan a nuestras maneras de vivir son los valores que con mayor fuerza la filosofía del martillo deberá golpear. Por consiguiente, ¿qué mejor manera que la de comenzar por el concepto de verdad? Nietzsche es contundente: lograr la transvaloración de todos los valores instituidos es el fin político fundamental para comenzar a pensar en el súper hombre. Si no se produce esta demolición conceptual previamente, no se puede hablar ni siquiera de la génesis de un hombre nuevo. No se puede pensar en esa génesis porque los modos de conceptualización que crítica Nietzsche son modos que necesariamente se tienen que dejar a un lado, dado que no permiten a los espíritus fuertes avanzar con paso firme en el mundo. El mundo está inundado de debilidades conceptuales, los conceptos hacen del ser humano una región de inanición repetitiva.

Analizaremos los tres escritos, si bien de manera somera, para poner de manifiesto que en ellos se encuentra atravesado incuestionablemente el dictamen de que toda verdad tiene un carácter totalmente ilusorio y aparente. Optamos por un desarrollo más extenso del primer escrito nietzscheano por la importancia del

mismo y por su carácter disruptivo en la historia del pensamiento occidental. Frente a la multiplicidad del mundo, el lenguaje es un útil como simplificador de esa diversidad. Por este motivo, lo más profundamente distinto es simplificado como igualdad dado que un concepto subsume multiplicidades. Las unidades, los conceptos, logran simplificar multiplicidades. Además, el lenguaje se presenta en el mundo con cierto carácter incuestionable, se lo utiliza a diario sin cuestionar sus funciones que para nada se reducen a la comunicación. Hay una necesidad en este proyecto nietzscheano: el lenguaje debe ser pensado ya no como natural, sino como una invención. Escarbar profundamente debajo de las sedimentaciones históricas y llegar a desenterrar la causa de los valores nos ubica a cierta distancia de la naturalidad con la que hemos sido educados. Hacer un trabajo minucioso, histórico y filosófico de comprender el mundo a partir de sedimentaciones que no nos pertenecen nos permite vislumbrar que el mundo tiene excedentes que rebasan el lenguaje. Lograr captar cómo la gran mayoría de los conceptos que han sido creados en otras épocas siguen funcionando en distancias temporales que poco tienen que ver con esos mundos pretéritos, nos hace conscientes de la mera repetición histórica de la que somos parte y nos licencia a preguntarnos si queremos continuar un hilo de Ariadna de un relato mitológico del que no somos actores.

I. Sobre verdad y mentira en sentido extramoral

El primer escrito ha sido considerado el alegato nietzscheano de demolición de la verdad por excelencia dada su potencia en una escritura que constantemente cuestiona. Como hemos señalado líneas arriba, cuestionar el elemento fundamental de nuestro pensamiento, es decir, los conceptos, es cuestionar de partida el mundo en su totalidad. El conocimiento humano se presenta como un invento propio de los seres humanos. El ensayo nietzscheano comienza con la célebre frase:

“En algún rincón alejado del universo centelleante, perdido entre incontables sistemas solares, hubo una vez un astro en el que animales inteligentes inventaron el conocimiento. Este fue el minuto más soberbio y falaz de la historia universal; pero en definitiva, fue tan solo un minuto. Tras unos pocos suspiros de la naturaleza, el astro se congeló y los animales inteligentes debieron perecer. Alguien podría inventar semejante fábula y, sin embargo, no ilustraría cabalmente de qué manera lamentable, indefinida y superficial, cuán inútil y arbitrariamente el intelecto humano se enajenó de la naturaleza. Hubo eternidades en las que no existía; y cuando nuevamente todo se acabe para él, nada habrá sucedido. Así, no hay para aquel intelecto una misión ulterior que lo conduzca más allá de la vida humana.”²

A partir de la creación de verdades es que construimos un mundo que es totalmente ilusorio y que carece de fin alguno. La verdad es una creación útil para la vida humana, pero también es una herramienta de poder que oscurece los verdaderos sin sentidos de la vida. Principalmente, es útil para la vida humana

² *Ibíd.*, 31.

como herramienta de supervivencia. El hombre se separó de la naturaleza hipostasiando una realidad superior y para Nietzsche este es un grave error. Enajenarse de la naturaleza es el primer paso que da el hombre para *ir conformando su existencia alejado de su realidad más real*. El conocimiento humano no afecta el mundo porque para la realidad el conocimiento que nosotros podemos tener de ella es enormemente superficial y producto del ocio.

De esta manera, página tras página la verdad comienza a ser desplazada de su supuesta veta de superioridad, de su supuesto carácter absoluto. El conocimiento es puesto en duda desde sus raíces mismas, porque si se piensa en la creación misma de los entramados de discurso, es necesario ingresar al campo de demolición de todo lo que se presenta con carácter ilusorio. Si la verdad es artificial, entonces podemos decir que no hay correspondencia alguna entre ciertos hechos de la realidad y los juicios que de dicha supuesta correspondencia se dan. Los juicios que se postulan como verdaderos lo son porque el ser humano los genera. Con todo, preguntémosnos: ¿Existiría la verdad si el ser humano no existiera? Los juicios, ¿reflejan algún grado de realidad o son meros productos rectores del mundo? Y si la respuesta es negativa, si la verdad cae, el mundo estaría desnudo y sin carga teórica alguna. ¿Son las verdades del mundo meras pronunciaciones sin sentido?

“Creemos conocer algo sobre las cosas mismas cuando hablamos de *árboles, colores, nieve y flores...*y, a pesar de ello, no poseemos más que metáforas de las cosas, que de ningún modo se corresponden con las esencias originarias [...] Se ve así que la formación del lenguaje no sigue un proceso lógico, y que todo el material sobre el que trabajan y construyen quienes se ocupan de la verdad -el investigador, el filósofo- procede, sino directamente de castillos en las nubes, de ningún modo de la esencia de las cosas.”³

Las palabras que emiten los sujetos no tienen vinculación con la realidad que intentan representar. Parafraseando al maestro de Nietzsche, podemos afirmar que el mundo es una representación del sujeto que intenta conocer el mundo. En nuestro caso, el mundo es una representación de conceptos que nada pueden lograr. El lenguaje es un conjunto de absurdas insinuaciones porque la relación del mismo con su significado es meramente metafórico: nuestras palabras no se corresponden con la realidad y sólo nos queda, aunque a nuestro pesar, la simple descripción. Así, toda palabra se convierte en un concepto que debe adaptarse a innumerables experiencias: el mismo concepto debe abarcar una multiplicidad de experiencias que pueden ser más o menos parecidas, pero que jamás serán idénticas. Bajo este lema, Nietzsche desnuda crudamente la realidad: los conceptos abarcan múltiples experiencias que son completamente diferentes y hacen de esta multiplicidad una mera repetición. El carácter irreductible de las experiencias a la mismidad conceptual es un escollo que no hay que sortear sin prestar especial atención, porque este proceso de equiparación es llevado a todas las instancias del lenguaje. La principal preocupación nietzscheana es la de develar lo que los conceptos religiosos y morales ocultan debajo de ellos: en el ejemplo que da de la palabra “honestidad” nos encontramos con numerosas

³ *Ibíd.*, 31.

acciones humanas individuales que teóricamente se subsumen y hacen referencia a ella. Pero lo que hay que denunciar es que todas esas acciones humanas son desiguales entre ellas.

“¿Qué es entonces la verdad? Un ejército en movimiento de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en suma, un cúmulo de relaciones humanas que han sido realzadas, trasladadas y adornadas, poética y retóricamente, y que, después de un uso prolongado, un pueblo considera firmes, canónicas y vinculantes. Las verdades son pues ilusiones de las que se ha olvidado que lo son, metáforas gastadas que han perdido su fuerza sensual, monedas que han perdido su troquelado y que ya no pueden ser consideradas como monedas, sino como mero metal.”⁴

Continuar utilizando palabras, sin tomar conciencia, hace del hombre un navegante de ríos que ya han sido navegados. No se trata de no zarpar, sino que se debe comenzar la travesía de la destrucción de los conceptos aún antes de amarrar el ancla y darle la dirección a la embarcación. Primero, destruir, luego, divisar destinos propios. ¡Cómo he de crear y vivir una vida distinta si continúo pensando con palabras añejas que ya han perdido toda referencia! ¡Cómo he de crecer si continúo sintiendo a partir de una conciencia inundada por conceptos creados para debilitar a los navegantes del mundo! De manera tácita se encuentra su pensamiento de la voluntad de poder, y Nietzsche crea la escena e invita al lector a repensar sus días. El pensamiento del cual somos parte no es más que una maraña de símbolos que desaparece en el aire como el humo de una antigua fábrica que ya no es producto de sus fabricaciones, sino que danza en el aire porque se incendia. Pero no sólo hay que tomar conciencia de la fábrica de las palabras, sino que hay que actuar en consecuencia.

Frente al lenguaje desnudo de verdad, no continuar mintiendo como rebaño es el primer paso. El segundo es el de no continuar actuando por hábito de manera *inconsciente*, es decir, no actuar hipócritamente ante la necesidad de vivir frente a la multiplicidad de impresiones y acciones. Es una actitud nefasta la de quien continúa, ya consciente de la mentira de la verdad, actuando de la misma manera y refugiándose en valores que han hecho fracasar al hombre que ansía la libertad en su historia.

“El ser humano pone sus actos como ser racional bajo el dominio de las abstracciones y, puesto que ya no tolera ser arrastrado por las impresiones repentinas o por las intuiciones, las generaliza y obtiene así primero conceptos más descoloridos, más fríos, que puede enlazar con el motivo de su vida y de sus acciones. Todo lo que eleva al ser humano por encima del animal depende de esta capacidad de evaporar las metáforas intuitivas en un esquema, de disolver una imagen en un concepto.”⁵

El ser humano busca el sentimiento de asimilación entre las palabras y las supuestas referencias. Este sentimiento no sólo calma la incertidumbre, sino que también permite el cálculo de experiencias futuras semejantes a experiencias

⁴ *Ibíd.*, 49.

⁵ *Ibíd.*, 51.

pasadas. Es así cómo, al ingresar al terreno de las palabras, el ser humano se instala en la tranquilidad de la no diferencia y de la repetición. Por esta tranquilidad y seguridad es que puede el ser humano vivir con cierta coherencia mental. Pero Nietzsche sostiene que es necesario hacer todo lo contrario: vivir bajo esa creencia es vivir una vida como prisionero dado que no existe ningún tipo de relación causal entre el sujeto, creador de los conceptos, y los objetos, a los cuales el sujeto hace referencia por medio del lenguaje.

El ser humano vive aprisionado en una naturalización constante de procesos mentales del que no es creador sino mero eslabón histórico:

“Cuando la misma imagen se ha producido millones de veces y ha sido transmitida por herencia a lo largo de muchas generaciones, termina por aparecer, para la humanidad entera, como consecuencia siempre del mismo motivo, y así finalmente tiene para el ser humano el mismo significado, como si fuese la única imagen necesaria y como si la relación del impulso nervioso originario con la imagen producida fuera de una estricta relación causal.”⁶

La costumbre lo conforma como sujeto del hábito. Son los sujetos del hábito quienes terminan viviendo un sueño eternamente repetido. Contrario a esto, Nietzsche se pregunta qué ocurre si vemos diferente y percibimos colores de manera diferente, ¿se caen las leyes de la naturaleza? ¿Qué es una regularidad natural si el sujeto cognoscente percibe el mundo según su subjetividad? Antes de ingresar a la segunda parte del texto, donde nos encontraremos con su propuesta filosófica, ofrece una respuesta a los interrogantes sobre la posibilidad de la regularidad en la naturaleza:

“Esa regularidad que tanto nos impresiona en las órbitas de los astros, o en los procesos químicos, en el fondo coincide con aquellas características que nosotros mismos hemos introducido en las cosas, y de este modo nos infundimos respecto a nosotros mismos.”⁷

En las construcciones conceptuales, en primer lugar, trabaja arduamente el lenguaje, luego, la ciencia. Lenguaje y ciencia son los bastiones que construyen el sentido del mundo. El mundo se piensa mediante conceptos que son generados. Pero, ¿por qué el ser humano rehúye a la verdad y tiene la *invencible inclinación a dejarse engañar*? Si lo desarma, y esta es la propuesta más potente del texto nietzscheano, deberá guiarse ya no por conceptos, sino por intuiciones. Ya no deberá guiarse como un indigente en un mundo que no le corresponde, y deberá tomar las riendas del mundo tal cual es, es decir, sin las figuraciones absurdas del lenguaje.

En el segundo apartado del texto, Nietzsche enfrenta a los seres humanos que se guían por conceptos con los seres humanos que se guían por las intuiciones. En lo programático, nos cuesta pensar en una propuesta: el martillo ha golpeado contra lo más propio del ser humano, pero, después de la destrucción del lenguaje, ¿qué queda? Nietzsche nos deja sobre castillos conceptuales en ruinas, pero su

⁶ *Ibíd.*, 63.

⁷ *Ibíd.*, 69.

propuesta sólo logra inquietar. El cierre del texto es salvaje y deja al lector con una excitación alarmante. Con todo, se pueden diagramar dos formas de vida. La observación de Matías Pizzi, en su acertada Nota 20, es clave:

“Del mismo modo que puede encontrarse en El nacimiento de la tragedia (1872) la dicotomía de lo apolíneo y lo dionisíaco, podemos hallar aquí, de modo semejante, un antagonismo entre el humano intuitivo y el humano racional. El primero hace referencia al modo originario de constitución del lenguaje. Pone de manifiesto el origen de todo lenguaje mediante el empleo de metáforas, que resultan desiguales entre sí y no son asimilables bajo un esquema universal, es más, son irreductibles a todo proceso lógico. El humano intuitivo será para Nietzsche el artista. Las “metáforas intuitivas” (*Anschaunungsmetaphern*), origen de todo lenguaje, producen imágenes que surgen de la inmediatez del encuentro con la vida y sus múltiples fenómenos. No poseen ningún tipo de mediación, dado que preceden a toda posible conceptualización, y por lo tanto, a todo conocimiento abstracto.”⁸

Claro que debemos preguntarnos, o al menos dejar la pregunta para que el lector conduzca sus pensamientos por el camino que traza Nietzsche, si es posible la captación inmediata y la ausencia de conceptualización como elemento fundamental de la construcción de una manera de vida en la que prevalece la intuición por sobre lo conceptual.

II. Sobre el pathos de la verdad

En el segundo escrito que se ha compilado en la obra, Nietzsche nos ofrece una reacción crítica de la verdad, pero el foco de atención está puesto sobre aquellos que se definen como sus portadores. Los elementos filosóficos que se abordan están estrechamente relacionados con las ideas de gloria y de filosofía. Los filósofos son quienes más aspiran la grandeza de la gloria por estar más allá de la simpleza habitual y por fundirse en la complejidad de la vida.

“A los más audaces caballeros entre estos codiciosos de gloria, esos que creen encontrar un escudo de armas colgado en su constelación, hay que buscarlos entre los filósofos. No dirigen sus esfuerzos a un ‘público’, a la excitación de las masas ni a la ruidosa ovación de sus contemporáneos; por el contrario, marchar por caminos solitarios forma parte de su esencia. Su talento es el más raro y, en cierto modo, el más antinatural en la naturaleza, además de impulsivo y hostil contra los talentos de la misma especie.”⁹

La actitud del filósofo es la de una soberbia que cree en que podrá alcanzar sus metas y en la que el menosprecio por su época y el mundo de lo cotidiano es una manera de vivir. La figura del filósofo que defiende Nietzsche es la de Heráclito por su manera de pensar, dado que no se condice con la simple matematización propuesta por el pensamiento de la Modernidad, sino que ofrece un pensamiento intuitivo y centrado en las aseveraciones no argumentativas. Por otro lado,

⁸ *Ibíd.*, 89.

⁹ *Ibíd.*, 89, 101.

Heráclito se presenta como un filósofo del continuo cambio que no saborea la idea de verdades dogmáticas e inalterables.

“Entre los seres humanos Heráclito fue extraordinario (...) Él no necesitó a los humanos para conocerlos. Todo lo que pudiera saber de ellos, y lo que los demás sabios se esforzaron en indagar antes de él, no le importaba para nada. ‘Me he buscado e investigado a mí mismo’, dijo, con una expresión con la que describía la consulta de un oráculo, como si él fuera el verdadero realizador y consumidor de aquella sentencia délfica, ‘conócete a ti mismo’, él y nadie más.”¹⁰

Según Nietzsche, lo más brillante de Heráclito es que el mundo necesitó de él pero él no necesitó del mundo. ¿Qué significa para él la gloria de los comunes? La única gloria que pudo haber obtenido era la de los mortales pasajeros y esto nunca le interesó. Su egoísmo se vincula más bien con la necesidad de verdad y no con la búsqueda de gloria. El egoísmo filosófico y existencial heraclíteo es el de la necesidad de verdad rechazando la absurda gloria terrenal.

III. La relación de la filosofía schopenhaueriana con una cultura alemana

Por último, nos encontramos con un pequeño escrito¹¹ que explota contra la educación alemana de su tiempo. Son varias las obras en las que arremete contra la cultura y educación alemana, pero en este caso, el centro del cuestionamiento es la formación que se recibe y la distancia que existe entre grandes hombres, como Arthur Schopenhauer, y la filosofía idealista e historicista que reinaba en esos tiempos. La tranquilidad y el conformismo burgueses son los que gobiernan la academia junto a una visión errática de la filosofía. Por el contrario, Nietzsche dictamina la necesidad de un pensador del talante de Schopenhauer para que construya una auténtica cultura alemana: se necesita una filosofía que realmente libere los espíritus alemanes y no sea una mera reproducción de idealismos trascendentales que lo único que hacen es debilitar aún más al pueblo.

El autor es Profesor de Enseñanza Media y Superior en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires, institución en la que es candidato al Doctorado en Filosofía. Se especializa en Filosofía Política Contemporánea y a corrientes epistemológicas. Es profesor en UNLZ y Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Participa en grupos de investigación hace más de una década tanto en la UBA como en la USAL. Ha publicado artículos en diversas revistas especializadas y ha participado como expositor en Congresos y Jornadas de Filosofía.

E-mail: wanderer@live.com.ar

Fecha de recepción: 11-II-2018

Fecha de aprobación: 18-II-2018

¹⁰Ibíd., 103, 105.

¹¹ Claramente es un pequeño prólogo a su obra Schopenhauer como educador (Madrid: Biblioteca Nueva, 2009).